

RETRATO POLÍTICO
DEL EMPERADOR

DE LOS FRANCESES,

DE SU CONDUCTA Y LA DE SUS GENERALES
EN ESPAÑA, Y LA LEALTAD Y VALOR
DE LOS ESPAÑOLES POR SU SOBERANO

FERNANDO VII.

V. V. V. V. V.



En la historia de las grandes revoluciones políticas no se presenta un monstruo como Bonaparte: es el mayor que ha vomitado la cólera de los cielos para inundar el mundo de crímenes y calamidades. En la serie de sus acciones ora se tropieza con las costumbres de Calígula, ora con las crueldades de Neron.

Dotado, no como ciegamente ha creído la Europa de grandes talentos militares, sino de un genio sanguinario y feroz, y de una osadía é intrepidez, de que apenas hay exemplo, y que crecen á medida que se multiplican los delitos; la simulacion y el engaño; la astucia, la perfidia y la tiranía lo elevan del polvo al trono, le cifien la diadema, y se sienta en el sofo, queriendo asegurar los derechos y la sucesion en su familia por una larga serie de siglos.

La Francia, que envuelta en la sangre, en el llanto y en la ruina desde su funesta y espantosa revolucion por los vicios y el terrorismo de los gefes que la gobernaron, habia perdido todo su antiguo poder y carácter, tuvo que hacer lugar á este sacrificio. Extiñue, cancerosa y mortal estaba hidrópica de males, y sus hijos llorando sin cesar el exterminio de la amada patria no habian expiado aun suficientemente los delitos de la generacion anterior.

Bonaparte, destinado para ser el instrumento del castigo y el azote fatal del género humano, se presenta en los primeros momentos á la nacion dulce, afable y pacífico: predica la paz, asegura la integridad y conservacion de todos sus derechos y prerogativas, promete á sus vasallos mejoras y felicidades incalculables: en fin se gloria de llamarse tutor y padre de sus pueblos, mientras medita en silencio el plan secreto de su ruina, sufoca y alimenta en su corazon los poderosos estímulos de la corrupcion, del orgullo y del despotismo, y abraza en su seno una alma perversa y criminal. La Francia, llena de confianza y de ho-

nor es la primera víctima inmolada á su furor. La Francia, por último, que en varios reynados, y sobre todo en el del célebre Luis XIV. se presentaba á la posteridad como un modelo, blasonaba del país mas culto, y era mirada con envidia de las naciones extranjeras, hoy es solo el objeto de horror y de espanto, de lástima y de confusion.

¡Dias llenos de turbacion y de error! Dias en que el reyno mas hermoso y florido de la tierra es el mas infeliz, en donde los hombres de bien que conservan en su probidad las reliquias de aquella edad perdida, huyen á refugiarse en otras partes, ó viven ignorados y oprimidos. ¡Ah! si tendemos la vista sobre la vasta extension de aquel imperio, tendremos que tornar los ojos para no ver sembrado en todas partes el espectro pavoroso de la miseria, ó impresa la imagen de la muerte. Abandonada la agricultura, destronadas las artes, enervado el comercio, veremos una nacion toda militar, baxo cuyo yugo las ciencias, nacidas en la tranquilidad y enemigas del tumulto, huyen ó enmudecen; y millones de familias perecen anegadas en llanto quan-

do esperaban vivir tranquilas baxo la proteccion de la ley y de la sociedad: veremos una nacion sin marina hecha el escarnio y el oprobio de la gran Bretaña, de consiguiente sin ningun imperio en los mares: veremos robadas las riquezas del sagrado templo para mantener un ejército de tropa disoluta y desenfrenada, cuya irreligion y crueldad tiene la osadia de desafiar á todo el universo; cuya impiedad insulta pública y descaradamente las lágrimas que sin cesar derrama la Religion, y cuyas libertades son los efectos terribles del furor, de la ira, del incendio, del escándalo, de la violacion, de la ignominia y del oprobio: solo veremos huérfanos, viudas y ancianos infelices y desamparados, porque así los padres de aquellos como los hijos de estos fueron robados á la patria, arrancados por la violencia, el engaño y la fuerza de los campos, de los talleres, de las Universidades, de los claustros y del seno sagrado de sus familias: en una palabra *conscriptos*: que es decir, traídos con esposas y grillos como ovejas al cuchillo para derramar su sangre inocente en regiones lejanas, y teñir con ella un pais

indefenso, y tal vez amigo y aliado. ¿Y para qué este sacrificio? Para alimentar la codicia vil y abultar el poder de un solo hombre, que considerando ya en una distancia inmensa de los demas, aspira como otro Alejandro á endiosarse sobre la tierra, y cree haber nacido solo para hacer á sus semejantes esclavos de sus pasiones desenfrenadas y de su sed terrible de gloria por la pasion de reynar exclusivamente en el continente, aspirando á la monarquia universal, sin que nada sea capaz de contenerle en la resolucion del impio problema de su ambicion ó injusticia.

Para consumir el plan, la guerra entra en el sistema de su politica como un elemento necesario de su poder, existencia y tirania: se conjura con generales de despotismo y de muerte para alucinar á los pueblos que invade y ocupa: los revela secretamente para conquistarlos, y si llenos de sinceridad y buena fe, ó seducidos y engañados acceden á las insurrecciones, que él mismo aconseja y provoca, vendiendo á sus autores, los oprime, y hace gemir baxo un trono de hierro y de acero. De todos modos los

divide, debilita, destruye, incendia y arruina. No conoce otros derechos que los de la fuerza y de la astucia, ni otros tributos que la destruccion o la muerte: acrimina de rebeldes y sediciosas las acciones de los países que se declaran por su independencia para que así perezcan sus defensores. Procura tener en todas partes hombres asalariados que obren en su favor y por su impulso, y la venalidad es la única virtud pública de su gobierno. Fantasma de la religion tan pronto se presenta musulman en Egipto, como protector del judaismo, y católico en Francia.

La Italia toda, Alemania, Prusia, Holanda, Saxonia, Baviera, Portugal, en cuyos países desgraciados ha triunfado la impiedad y la licencia de sus tropas, que han destruido é incendiado las ciudades, talado la campaña, entregado los templos santos al dios Baal; virgenes inocentes á su torpe lascivia, y al vergonzoso tormento de la mendicidad; en donde han cometido toda suerte de crímenes y de traiciones, no conocidas en los reynos de la tiranía, y cuya tierra han bañado con la sangre de inocentes víctimas; con la sangre de sus mis-

mos ciudadanos, poniéndoles delante de su ejército para ir á batirse con sus compatriotas, ó perecer á la boca del cañon; estas naciones, digo, son testigos vivos de esta verdad, y que merecen toda nuestra compasion.

Pero ¿necesitamos, acaso salir de España, de nuestra amada patria para convencernos tristemente de semejantes estragos? El atentado exécrable con que este hombre pérfido ha injuriado nuestra buena fe y ha recompensado la generosidad de la nacion española, de una nacion llena de honor ¿tiene acaso exemplar en la historia? No contento con habernos robado nuestro oro para atizar, encender y alimentar la guerra en el continente, fomentar disensiones civiles ú extrangeras y hacer tremolar sus estandartes en medio de indefensos, de oprimidos y de desgraciados; no contento con habernos arrancado 350 hombres de tropa reglada por la debilidad de un Rey seducido por el traidor que lo mandaba despóticamente; no contento con que la España consintiese el paso á sus tropas para hacer con su auxilio la conquista de Portugal, y que un ejército de 800 franceses penetrase hasta Ma-

deid, mientras otro se apoderaba de nuestras principales fortalezas con el simulado, ridículo y soñado proyecto de custodiar nuestras costas, y de la conquista de Gibraltar: no contento por último, con haber quebrantado la alianza que esta nación había comprado tan cara, y que había puesto baxo la salva guarda sagrada de una confianza verdadera: en el crítico momento en que la España acababa de derribar al Privado que había causado su ruina y empezaba á respirar tranquila baxo el reinado de Fernando VII. Rey legitimo por la sucesion al trono, Rey legitimo por la renuncia de su augusto padre, y Rey legitimo por el voto general y unánime de los pueblos; en este crítico momento, quando el jóven monarca y la nación toda recibia cada día nuevas pruebas de amistad, y de la llegada del que se llamaba su caro y fiel aliado el Emperador de los Franceses y Rey de Italia, y mientras que sus tropas encontraban en España una hospitalidad que no merecian, su hipócrita y ambiciosa política, inventando mil tramas; embrollos y embustes, frustra su viage á esta Corte, que nunca había pensado hacer, por una co-

barda vergonzosa, y con violación de todos los tratados, e insultando lo más sagrado de las leyes, arranca toda la real familia de España, que con numerosas escólas de su ejército es conducida como prisionera á Bayona, baxo las lisonjeras y fementidas palabras de amor y felicidad, y recibiendo el jóven Monarca, por medio del General Savari, todas las seguridades posibles de los sinceros sentimientos del Emperador y Rey de dar un íntimo abrazo á su hermano y caro aliado Fernando, y de estrechar mas y mas los intereses mútuos de las dos naciones hasta el extremo de asegurarle que respondia con su cabeza de las sanas intenciones de su amo. ¿Y qual fue el resultado, hallándose ya en Bayona todas las personas reales, sin que se permitiese entrar en aquella Ciudad ni un solo Guardia de los que iban acompañando y custodiando á S. M. el nuevo Rey? ¡Ah! qué horror! qué crimen! qué hombre tan perjuro y desleal! qué espíritu tan bajo y ratero! La lengua no se atreve á proferirlo. Destronar con mano sacrilega y criminal á Carlos IV. y á Fernando VII.; obligar á los demas Borbones, ame-

nazándoles con la muerte á que renunciaban sus derechos al trono: tender su real manto para apadrinar al mayor monstruo que vomitó Extremadura, cómplice de sus atroces delitos: ceñirse la corona de las Españas que acababa de robar iníqua y vergonzosamente á su legitimo heredero: renunciarla luego en favor de su hermano Josef para hacernos felices con el presente de un príncipe generoso y lleno de virtudes, quando nadie ignoraba que habia tenido que huir de Nápoles, odiado de sus vasallos, y tener la osadía de autorizar delante de toda la Europa tamaños desórdenes por medio de escritos sediciosos é impíos, infamando pública y descaradamente la opinion de sus hermanos y amigos Carlos IV. y María Luísa, hasta el extremo de llamarlos Reyes araganes, y á todo buen español ó buen patriota sedicioso y rebelde; imputar al virtuoso Fernando VII. el delito atroz de haber atentado contra la corona y vida de su padre; asegurar que no tenia mas derechos á la corona que los que le habia transmitido su madre, y declarar á todos los Borbones débiles, fátuos é ignorantes, y

de consiguiente indignos de reynar, suponiendo que Carlos IV. lo habia sido, que es lo mismo que decir, que porque Neron fué cruel, y lo es el mismo Bonaparte, deben serlo todos sus hermanos, y lo fué toda la raza de los Césares: por último cometer tales atentados, inauditos aun en los anales de la guerra, mientras que su cuñado Murat se complacia en ver correr la sangre inocente de los españoles, derrainada impunemente el día 2 de Mayo próximo pasado. ¡Ah, dia de luto y de horror no puedo traerle á la memoria sin verter lágrimas de dolor y de compasion por la perdida de mis hermanos y conciudadanos! mientras el mismo Murat saqueaba en Madrid los fondos públicos, y robaba las riquezas y preciosidades de nuestros palacios, gabinetes y laboratorios, mientras sus pérfidos Generales aconsejaban la insurrección, á fin de que sus tropas se cebasen con el pillage y la rapiña, y luego talasen, incendiasen, se arrojasen á cometer toda suerte de excesos para infundir en todas partes el terror y el espanto y hacer por medios tan viles la conquista de este hermoso reyno: mientras::: ¡Eh,

monstruo! tu mismo aspecto no te causa horror! Corso indigno y cruel, hombre vil y cobarde; erá tan limitado el recinto de la Francia que toda su grande extension no bastase para servir de teatro á las iniquidades de tu corazón depravado? ¿No hallaste en las regiones que has ocupado y oprimido suficientes víctimas para sacrificar á tu Irreligion y crueldad, quando cierto politico asegura que pasan de quince millones de almas las que han perecido por tu causa? No era bastante el haber destronado los Reyes de Nápoles, Etruria y Portugal, haber circuncrito el poder de la Prusia y Alemania, y haberlo intentado con el Emperador de Rusia, pero que no pudiste conseguir porque tus tropas débiles é indisciplinadas no son capaces de medir sus fuerzas con las de una nacion vigorosa que quiere defenderse, y en donde no hay que temer ni las feas intrigas, ni la vil traicion, único origen de las grandes victorias y batallas que tanto nos has ponderado y encarecido para que convencidos de que tus exercitos irresistibles llevan en todas partes el triunfo, doblásemos la rodilla á tu ambicion é injusticia, y te re-

vautasemos estatuas por hábernos sacado de la esclavitud y hecho felices. ¡Ah! y ¡qué mal has conocido el carácter de la nacion española! Teme, teme su venganza: teme el castigo que te tiene preparado. Tú y tus soldados, infelices prevaricadores que quieren levantar su cabeza soberbia sobre las nubes, experimentareis quando ya sea tarde, que quando se embravece el Leon de España no halla enemigos que no venza.

Si: con la misma facilidad que esta nacion que has vilipendiado, ultrajado y presentado á la Europa en un estado cadavérico ha disipado tu exercito de España, triunfará y acabará con quantos refuerzos envíes de nuevo, si es que tengas donde sacarlos, ni medios para mantenerlos. Pero; qué digo! Esto es poco ó nada para nuestra satisfaccion y ardimiento. Hemos de entrar en Francia y te hemos de perseguir, hasta que Tú y tus tropas errantes y dispersas, no encontreis asilo en ninguna parte. Tus armas flacas no abren corazones de diamante, ni á los españoles tan dóciles como valientes les espanta ni tu falsa politica, ni tus amenazas, tanto mas débiles y despreciables, quanto mas altaneras, atrevidas

é insolentes. Para nada te necesita esta nacion noble, generosa, y la primera del mundo. De tu gran código con que has intentado sorprehender á todos los pueblos, lo poco bueno es de nuestra antigua y sabia legislacion: la constitucion del estado con que pensabas alucinarnos tiene mil nulidades y errores, y ninguna garantia en favor de la nacion: nós querias dar un Rey que no tenia mas derecho á la corona que tu voluntad, y á quien todos los españoles habian jurado no reconocer como á otro qualquiera de tu raza: te habias constituido nuestro libertador, arrancándonos á nuestro legítimo soberano Fernando VII. que la nacion toda idolatra, y por quien suspiramos y suspiraremos eternamente hasta verlo sentado en el trono de las Españas, en el concepto de que á tu lado aparece á nuestros ojos aun mas justo é inocente por el contraste de sus hermosas virtudes con tus iniquidades: por último nos querias regalar con la felicidad y regeneracion de estos reynos, quando es imposible que haya paz ni tranquilidad en el Universo mientras tu corrupcion y tiranía estan en pie, y cuya felicidad pronto hu-

bieramos visto convertida en el tósigo amargo de una esclavitud vergonzosa. ¡Ah insensato! Te parece que no penetramos tus perversos designios de sacrificar la Francia y la Europa toda, si fuese necesario, para coronar á todos tus hermanos; de robar á la España sus inmensas riquezas, y luego con su gallarda y valerosa juventud provocar la guerra en Alemania para acabar con la casa de Austria, y conquistar luego el vasto imperio de Rusia, vendiendo al emperador Alexandro, á quien tienes embobado con la conquista de la India, y con el plan de la division de la Europa, en los dos imperios de Mediodía y del Norte, por convenir así á la felicidad del continente y á fin de hacer vacilar el poder colosal y exclusivo del gabinete de San James.

Es preciso que te avergüenzes y confieses que ninguna nacion te ha conocido, ni ha burlado tus intrigas, tu ambicion y tu poder como la España. Tus insignes y perterritos generales, que yo llamaré sin faltar á la augusta verdad asesinos y ladrones militares que se desdñaban de pelear con cuadrillas de rebeldes y sediciosos, pues así trataban á los buenos españoles, han sido arro-

lados y vencidos, obligados á una fuga vergonzosa, y otros muertos, heridos ó prisioneros. Digánlo Vedel, Lefevre, Frere, Bessiers, Moncey, y el tan decantado Dupont, y quantos han intentado invadir y ocupar nuestras provincias. Solo han entrado en pueblos inermes é indefensos, ó que han sido entregados por traicion ó por sorpresa, como Madrid, Cuenca, Segovia, Valladolid, Santander y otros muchos que luego han sido saqueados é incendiados en pago de su docilidad, y so el color de castigar á ciertos culpados, despues de haber sido provocados por los mismos franceses, y puestos en la necesidad de vengar su honor, la violacion de los tratados y la de su territorio. ¡Qué delitos habia cometido la desgraciada ciudad de Cuenca, sino el de haber recibido la division del mariscal Moncey con una hospitalidad generosa y propia del carácter español, para que el ladron é incendiario Collincouré fuese á aquella ciudad desde Madrid, de intento y de acuerdo con el cruel y pérfido Savari, á quien acaso conviene aun con mas propiedad aquellos atributos, solo con el objeto de saquearla, como se verificó desde la choza mas infeliz has-

ta la Iglesia Catedral, pasando á cuchillo al pobre anciano que apenas podia sostener el baston con la tremula y debil mano, al niño inocente, y al impedido que yacia postrado en el lecho del dolor y de la angustia, obligando á toda la poblacion á refugiarse en los montes y en las cuevas, procurando hallar entre las fieras de los desiertos el asilo que en vano buscaria entre los de su especie misma! ¡que delitos habia cometido Rioseco, y mas de doscientos pueblos de Castilla que han sufrido la misma suerte! La desolacion y el horror, robos sacrilegos y reprobados en todo sistema de guerra, libertades de una tropa disoluta y desenfrenada, furor, ira, incendios, tales son los funestos desastres que han experimentado todos los pueblos de España que han tenido la desgracia de caer en manos de esos enemigos de la religion y de la sociedad. Por último, ¿á qué mas pueda llegar su ferocidad y barbarie, que al atentado horrendo y execrable de llevar los niños en la punta de las bayonetas como en triunfo? ¡Ah! La posteridad no se convencerá fácilmente de semejante conducta. Pero la nacion española, que en nada ha

degenerado de su antiguo valor y patriotismo, y que es hoy la misma que fué en tiempo de los Hunos, Wandalos, Godos, Sarracenos y Romanos, ha sabido tomarse una venganza justa y cristiana. A los soldados del gran Napoleón, grande por sus calamidades, los hemos tenido de rodillas delante de nosotros, buscando en un país extraño la quietud y el consuelo: les hemos visto derramar lágrimas de compasión, que nos hemos apresurado á enjugar: les hemos oído publicar imperiosamente sus intrigas é iniquidades: por último, hemos visto despojarse de sus uniformes, y hacerlos mil pedazos, afrentándose de servir á semejante monstruo: hemos reportado tantas victorias como batallas, y las célebres y decantadas de Marengo, Austerlitz, Freiland y Jena deben borrarse ya de los fastos de la historia, comparadas con las de Aragon, Valencia y Andalucía. Mas de 800 franceses han perecido en estos tres reynos en menos de dos meses, quando los pueblos apenas habian tenido tiempo para organizarse, y hallándose casi sin pertrechos y municiones de guerra han sido sorprendidos y atacados. Pero todo se

ha vencido, y nada ha sido capaz de detener el valor de los españoles: de una nación á quien los obstáculos avivan, encienden, inflaman: de una nación, por último, que adquiere nueva firmeza en derredor del riesgo mas inminente. Intrépidos y valerosos los Españoles arremeten contra el ejército impenetrable é irresistible del enemigo: rompen sus filas, las ponen en desorden, las destruyen, las ahuyentan y triunfan. El honor de la lucha queda para nuestras armas; y de un ejército de 2000 franceses que entró en España solo se conservan los débiles y miserables despojos, que huyen arredrados y confundidos de nuestra presencia, errantes y perseguidos por esos caminos con la probabilidad de que ni uno llegue á la frontera sin que experimente nuestra venganza, tan terrible como justa, siendo digno de advertir en este lugar que aquel Rey intruso, hijo de la mentira y de la traición, que el día 25 de Julio intentó proclamar en esta Villa y Corte el escándalo, la ambición y la fuerza, huido y escapado vergonzosamente, se ha visto ya en la necesidad de hacer noche en un infeliz y miserable pajar.

¡Gloria inmortal para la nacion!
 gloria inmortal para los insignes Floridablanca, Saavedras, Palafoxes, Castaños, Cuestas, Cervellós, Urbanas, y otros tantos políticos consumados, como generales insignes, cuyos nombres solo son nuestra gloria, y que habiendo librado á la patria del yugo mas vergonzoso, añaden nuevos timbres al blason de sus antepasados, hacen glorioso su sepulcro y su memoria siempre grata y apacible.

Amados Compatriotas, gozémonos una y mil veces Pero supuesto que nuestra satisfaccion no puede ser completa hasta que llevando encima de nuestros hombros á nuestro amado Fernando VII., nuestro padre, Rey y Señor, tengamos la gloria de sentarlo en el trono y ceñirle la diadema, no omitamos medio alguno para conseguirlo. Avergonzémonos si tenemos honores, haciendas é hijos y no lo empleamos todo en su servicio. Confúndase á nuestra vista el conciudadano tímido, cobarde y criminal. Sean unos mismos nuestros intereses y una misma nuestra voluntad con la del gobierno. Hagámonos superiores á toda etiqueta, convencidos de que quando la patria

nos llama para su defensa como hijos que le pertenecemos, todos somos iguales; y que la verdadera nobleza solo se cifra en la virtud y en el valor. Y resueltos á vencer ó morir, contemos con la proteccion del cielo que ha obrado ya un milagro tan patente entre nosotros, y que decidido por la justicia de nuestra causa, asegura á nuestra acendrada lealtad el gozo de ver cumplidos nuestros comunes votos por la Religion, por Fernando VII. y por la patria. Millares de familias arruinadas, y reducidas á sufrir la dura ley de la necesidad nos dirigen sus lágrimas sinceras y ayes dolorosísimos; las dolientes voces de la viuda desamparada, del huérfano abandonado, de la doncella entregada á los estragos de la indigencia, del débil y trémulo anciano nos llaman por todas partes, y ven en cada uno de nosotros su libertador, y en nuestra magnanimidad libran la salvacion de la patria: por último las almas de las víctimas inocentes del dia 2 de Mayo que alzan del hondo del sepulcro un grito atrevido y memorable, y la persecucion y las desgracias de nuestro amado Fernando VII. claman venganza, venganza.